

## **Una teología de la libertad: Vito Mancuso y el nuevo paradigma de la autenticidad**

**Bernardo Pérez Andreo.** Instituto Teológico. Murcia.

Vito Mancuso, teólogo italiano laico desde 1995 (antes fue sacerdote) y comprometido con una fe adulta y madura, es criticado y rechazado a la par tanto por ciertos sectores eclesiales como por muchos investigadores de la ciencia. A unos les disgusta su cuestionamiento de –dicen– *una docena de dogmas católicos*, los otros no pueden soportar el finalismo de sus planteamientos sobre la naturaleza y el mundo. Dogmatismo y cientifismo son los dos grandes enemigos de Mancuso y contra ellos están redactadas sus principales obras. Por eso, sigue generando polémica cada vez que publica un libro. Ya lo vimos con su *El alma y su destino* (Valencia 2009), sobre el que escribimos en *Iglesia Viva*, nº 239. En aquel libro ponía en cuestión posicionamientos del magisterio, que no de la propia fe cristiana, que han quedado sobrepasados tanto por la ciencia como por el común sentir de los fieles. Ponía en solfa allí el dogma del pecado original a la luz de los aportes de la ciencia actual y proponía una comprensión de la esencia humana como ser que integra lo corpóreo y lo anímico, lo físico y lo espiritual, rompiendo la tradición platagnóstica de casi dos milenios en el cristianismo. Este dualismo que presupone una intervención extrínseca de Dios para la existencia de cada ser humano individual no es acorde ni con los datos científicos ni con la misma esencia de la fe, pues no habría cómo quitar a Dios la culpabilidad por la existencia del mal. Si Dios crea el alma individual de cada ser

humano y la crea ya caída, entonces Dios es el responsable del mal en el mundo, fruto de la acción pecadora humana. El hombre nace libre y responsable de sus actos. La formación espiritual adquirida durante su vida será la que determine su inmortalidad, fruto ésta de su crecimiento personal en un contexto social y comunitario adecuado.

Aquella obra sentó las bases para la que ahora publica Mancuso: *Yo y Dios* (Barcelona 2013). Si entonces se enfrentó con la cuestión de la creación del hombre, poniéndola sobre las bases de la ciencia y en la perspectiva de la fe bíblica, ahora lo hace con el problema de la libertad humana, situándola en el contexto de la realización del hombre en un mundo en crisis. Resulta evidente que si el hombre concreto, individual, el hombre de carne y hueso que sufre las penurias de la existencia y goza con las alegrías del vivir, no es libre para realizar sus actos, para tomar decisiones sobre su vida, para llevar a cabo sus proyectos, aunque estos se vean impedidos por las circunstancias o imposibilitados por sus limitaciones, entonces el hombre no es responsables de nada de lo que le suceda, tampoco culpable de sus crímenes. Ni responsable ni culpable, el hombre no es hombre, es un mero artefacto, bien sea de unos dioses aburridos en su lejano Olimpo, bien de una naturaleza que evoluciona sin más objeto que el puro existir, un relojero ciego que pasa sus días poniendo en marcha y en hora relojes por los que no tiene ningún aprecio. Si el hombre no es libre el pronombre personal yo es una pura quimera, algo vacío incapaz de referir ninguna realidad objetiva más allá que la pura y nuda materialidad corpórea; ni siquiera un simple balbuceo de un ser que empieza a romper sus cadenas materiales. Si el hombre no es libre no será nunca ni Adán ni Prometeo, a lo sumo una máquina casi perfecta que ejecuta un programa insertado en su ADN por la cadena de la evolución o una marioneta cuyos invisibles hilos son manejados por dioses ociosos.

De ahí que en estas páginas definiendo –nos dice Mancuso– la libertad, el concepto decisivo que está en juego detrás del pronombre personal Yo (p. 16).

La obra se estructura como una verdadera Teología Fundamental, rayando la apologética, pero a la inversa. En lugar de pretender demostrar la consistencia de la fe, la Revelación de Dios por los milagros y la necesidad de la Iglesia para la salvación, su propuesta es una Teología de la Libertad contra el doble peligro del autoritarismo y del cientifismo, de ahí que su propuesta de Teología Fundamental sea una Apologética de la fe adulta basada en la autenticidad y no en la autoridad, de la Revelación como propuesta de amor en medio de la libertad creada y de la Iglesia como el lugar donde vivir la libertad y crecer espiritualmente hasta alcanzar una verdadera fe humana. Porque, hay que decirlo, existen muchas fes, y no todas son verdaderamente humanas. Durante siglos, en la propia Iglesia, se han mantenido posiciones de fe, pues así obligaba el Magisterio, que poco tenían que ver con lo humano. *Matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre* (Castellion contra Calvino), sin embargo, tanto en la Iglesia católica como en las de la Reforma, se mató a seres humanos en nombre de la doctrina, aplicando el principio de autoridad, contra todo sentir humano verdadero y lo que es peor, contra el Evangelio de Jesús de Nazaret. Hubo un tiempo en que la fe cristiana no fue verdaderamente humana y hoy quedan restos de aquel tiempo en el dogma que aún es sostenido oficialmente por el Magisterio, de ahí que sea necesario acabar con esos dogmas que un día alentaron y protegieron una fe no humana. En esta lucha, Mancuso no está solo, pues tiene dos grandes espadas que le sirven: Immanuel Kant y Albert Schweitzer, a quienes dedica el libro. La síntesis de estos dos grandes hombres sería la religión sometida a la instancia ética y Dios como garante de ese actuar ético.

El libro entero está construido sobre los pilares de una fe auténtica basada en la razón como principio fundante y en la relación con los otros como instrumento constructivo. La obra se divide en 10 capítulos, pero fiel a la tradición escolástica hay dos partes diferenciadas: la *pars destruens* y la *pars construens*, y una introducción de aclaración terminológica. El punto de partida es la *perplejidad* al estilo de Maimónides, pero remozado con las famosas preguntas de Kant. A las tres cuestiones: ¿Qué puedo saber, qué debo hacer, qué me está permitido esperar?, responde Mancuso, leyendo a Maimónides, con 10 preguntas que necesitan hoy urgente respuesta para cualquier hombre que se precie de ello: Cuál es el sentido de la vida, quién creó el mundo, quién sintoniza las constantes del Universo, quién gobierna la evolución de la historia y el mundo, quién es aquello cuyo mayor no puede ser pensado, quién nos enseña cómo vivir felices, quién se reveló en la historia, quién murió por nosotros revelándonos el amor del mundo, quién está siempre presente en nuestro espíritu, quién nos puede salvar de la muerte. Para un creyente es Dios, pero para cualquier no creyente también, podría haber otras tantas respuestas a cada pregunta. Por eso, hay que definir bien el terreno de juego de una fe madura. Los *instrumenta laboris* tienen esta misión. La vida, lo sagrado, la religión, la fe y Dios son estos instrumentos que hay que afinar bien para que la sinfonía de un pensamiento maduro suene perfecta. Estos instrumentos deben ser tocados por todo hombre racional que se enfrente a las preguntas de la vida anteriores, con o sin fe creyente, pues todos ellos le salen al paso de su ser hombre en el mundo. Todos vivimos y experimentamos la sacralidad de la existencia, de ahí que intentemos pensar una unidad de todo (religión) que responda con confianza (fe) a la invitación de la Existencia (Dios). Como creyente, Mancuso da una respuesta positiva, pero matizada, de ahí que necesite pasar al grueso de la

obra, las partes negativas y positivas de la elaboración de una fe madura y auténtica.

### **Pars destruens**

Los capítulos del III al VIII componen la mayor parte del libro y están dedicados a la crítica de los elementos a destruir o modificar en la fe cristiana. Fiel a la Teología Fundamental, se enfrenta a los dos pilares de la fe: Dios y la Iglesia, pero añade el tercer pilar, la Historia, como lugar de desarrollo de la fe. El dogma católico, va a demostrar, no da suficiente razón de ninguno de estos pilares, de ahí que la fe católica actual no tenga suficiente asiento ni racional ni discursivo para fundamentarse o para dialogar con la ciencia actual. Empezando por Dios, ninguno de los argumentos que tradicionalmente han pretendido demostrar su existencia tiene valor suficiente para hacerlo, pero lo peor es que el dogma vigente exige creer que a Dios se le puede conocer por sus obras en la naturaleza y en la historia. Mancuso lo dice de forma expresiva: *a pesar de la amenaza de excomunión del Magisterio eclesiástico, los argumentos no proporcionan un conocimiento cierto sobre la existencia de Dios, ni mucho menos una demostración* (p. 83).

No le basta a Mancuso con negar las pruebas de la existencia de Dios, también necesita modificar los atributos que tradicionalmente se aplican a Dios y que todavía hoy sostienen la dogmática católica: omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia, impasibilidad, espiritualidad y unidad. Son todos atributos que corresponden con una metafísica caduca que no responde ni a la realidad humana ni a la divina. La aplicación de esos atributos de forma sistemática haría imposible la libertad humana, en virtud de las paradojas de Epicuro. Si Dios es lo que los atributos dicen es necesario cargar a Dios con la culpa del mal y reducir al hombre a mero autómatas. Si Dios sabe todo lo que tú harás aún antes de hacerlo, lo haces porque Dios así

lo ha determinado, luego no eres libre. Calvino tendría razón. Si Dios puede todo y permite el mal, entonces es el mal Él mismo. La única manera de salir de este atolladero es tomarnos en serio, dice Mancuso, la diferencia entre misterio y enigma. Dios, junto con lo real, es un misterio, no un enigma a resolver. Es misterio porque nuestras capacidades cognitivas no pueden agotarlo, pero sí pueden, haciendo uso de ellas acercarnos a una comprensión verdaderamente humana de Dios, de la realidad, del mundo y de la historia.

De la acogida del misterio proceden cuatro tipos humanos que representan todas las opciones: quien excluye el misterio, atribuyendo la vida al azar y la necesidad, sin religión ni religiosidad; quien lo admite, pero no halla el modo de acogerlo personalmente, religiosidad sin religión; quien lo admite y lo acoge, religiosidad con religión; y quien lo admite pero luego lo encadena con dogmas, transformándolo en "misterios", religión sin religiosidad. De estos cuatro tipos, el peor, sin duda, es el último, pues transforma lo positivo en negativo, el bien en mal, negando la posibilidad de una verdadera ascensión del misterio en la propia vida y, por tanto, una fe auténtica, que es la propuesta de Mancuso. Dios, nos dice, es la idea del Bien, entendida como idea reguladora para poder construir la vida sobre ella. Dios es idea reguladora porque existe como lógica del mundo y como proyección de lo que de bueno hay en el hombre, sin caer en una mera creación humana. Dios, como idea del Bien, nos permite construir una vida humana y una fe auténtica. Es un Dios entre Kant y Schweitzer, un Dios dentro de mí y fuera de mí, un Dios acogido porque encontrado, un Dios que se da y un Dios que se acoge. Un Dios, al fin, capaz de crear un mundo donde la libertad esté garantizada y sin posibilidad de subterfugios de ningún tipo. Amar a este Dios, idea del Bien, nos lleva a realizar una suspensión ética de la teología. Todo, absolutamente todo, dogma, Biblia y liturgia,

está sometido a la ética, a la relación con el otro. Así comienza la *pars destruens* más crítica de este trabajo: la deconstrucción del dogma eclesiástico o Magisterio, principio católico, y la deconstrucción del principio protestante: la Biblia y la historia.

Mancuso se declara católico y pretende seguir siéndolo, pero no puede hacerlo sin dejar en evidencia las aporías del dogma que impiden asumir una fe auténtica. Su pretensión es *promover un cambio de paradigma: pasar del principio de autoridad al principio de autenticidad* (p. 168), entendiendo que el principio de autoridad, negador de la libertad, rige todavía en el catolicismo, hasta el punto de que es el dogma del que penden el resto. Rebatido este quedan todos desechados. Pues, mientras esto no sea modificado, ser católico hoy es reconocer el principio de autoridad del Magisterio. *Solo si doblegas tu intelecto a la autoridad eclesiástica, eres católico; si no, no. No cuenta la vida concreta, cuenta la profesión exterior de obediencia* (p. 169). Hay que pasar de una fe como dogmática eclesial a una fe laica, no clerical, para la que la instancia concluyente es la coherencia de pensamiento respecto a la experiencia concreta de la vida, introduciendo en los creyentes una concepción dinámico-evolutiva (verdad=bien) de la verdad no una estático-doctrinaria (verdad=doctrina).

Para acceder a esta fe laica es necesario asumir que la religión, como la filosofía, no puede concebirse en contradicción con la ciencia. Al contrario, la ciencia nos puede aportar la verificación de que nuestra fe está en el camino correcto hacia la autenticidad. Por desgracia, la Iglesia siempre se ha aferrada a las concepciones superadas de la filosofía, encerrándose en sí misma y creando un reducto de conservadurismo que poco bien ha hecho a la fe. La Iglesia institución se ha manifestado como un obstáculo para la fe, de ahí la tesis de Mancuso: *estar unido a la estructura visible de la institución Iglesia católica mediante vínculos de profesión de fe, los*

*sacramentos y el régimen eclesiástico, no garantiza en absoluto que se siga el mensaje de Jesús; y viceversa, criticar la institución de la Iglesia católica o desobedecer algunas directivas de su jerarquía no significa por sí mismo alejarse del verdadero cristianismo (p. 176).*

Tampoco podemos poner nuestra fe en la Biblia y la historia de salvación (principio protestante), pues la "historia de salvación" no es sino un dato mismo de la fe y no tanto de la revelación. La revelación en la Biblia es, en sí, ya una acogida por la fe, de ahí que poner nuestra acción en la lectura literal de la Biblia es caer en otro principio de autoridad que impide al hombre adoptar actuar según la autenticidad de ser sí mismo. Cuando leemos la Biblia y la interpretamos como Palabra de Dios o como una Historia de salvación, ya estamos poniendo en juego algo anterior a ella misma, la noción de lo divino en el hombre, ese Dios que es el Bien y que permite hacer la suspensión ética de la teología y, ahora, de la Biblia. La revelación contenida en la Biblia es la gramática para entender la historia como voluntad salvífica de Dios, pero esa gramática se ha escrito por y con la fe humana. La Biblia, la Palabra de Dios, no puede ser absolutizada tampoco. Esa absolutización literalista protestante degenera en el mismo mal que la absolutización del dogma eclesiástico católico: la reducción del hombre a la dimensión obediencial, sin posibilidad de salir hacia la fe auténtica.

### **Pars construens**

Los capítulos IX *Itinerario de la mente hacia Dios* y X *Una fe más humana* conforman la propuesta positiva o reconstrucción de la fe auténtica, laica y humana. Su punto de partida, como en Kant, son dos certezas: yo respiro; yo dejaré de respirar. Contra Descartes, respiro, luego existo. En el respirar asumo el mundo que me permite ser, ser con la madre naturaleza, *natura naturans*. Y dejaré de respirar, moriré,

dejaré de ser en un acto de descreación continua, mundo desventurado, naturaleza madrastra. Estas dos certezas, a modo de antinomia vital, permiten al hombre avanzar hacia la comprensión de Dios, el mundo y él mismo. Así, Mancuso, nos da el motivo de su fe: *creo en Dios porque eso me permite unir el sentimiento del bien y de la justicia dentro de mí con el sentido del mundo fuera de mí (p. 341).*

Dios no es un ente separado en un lugar distinto o más alto; Dios es la dimensión más profunda del ser, más refinada de todo lo que se manifiesta, más intensa, fuerza vital, impulso hacia la existencia; Dios es el amor que lleva al Bien, es el hogar de la justicia, del bien, de la belleza y de la realidad definitiva. Entendido así Dios, el yo es relación, no posee relaciones, como las categorías aristotélicas en las que se basa la dogmática eclesial que aún se propone. El yo es relación, siendo la relación una sustancia y no un accidente. El yo se debe entender como la relación al otro, a lo otro y al Otro. Estas relaciones lo constituyen en su mismidad. Su ser es recibido, generado y procreado, nunca dado definitivamente, de ahí su contingencia y finitud.

El yo abierto por y hacia lo ético se transforma en ser que sabe, que escucha el mundo y que se muestra en apertura total a lo otro, de esta forma nace la auténtica religiosidad, *cuando la dimensión ética asume un significado tal que va más allá del comportamiento personal y llega a querer abrazar el sentido global del mundo: se llega a querer que el mundo en sí mismo sea ético, que la vida en sí misma sea justa, que el sentido global del todo sea el bien (p. 349).* Este es el fundamento para una fe más humana. No dogmas y obsequios intelectuales, sino escucha y apertura al mundo y reconocimiento de la verdad que hay en él. Nace así una fe no dogmática, basada no en la autoridad del que habla, sino en la autoridad del contenido, contenido que es asumido o no por el hombre. Este hombre es capaz de vivir

una experiencia espiritual que tiene el primado sobre la doctrina. La experiencia personal de la verdad como realidad dinámica, búsqueda del bien, es la base para reconstruir el catolicismo hoy. El encerramiento en su propia doctrina entendida como un conjunto estático de verdades a asumir es la verdadera causa del relativismo tan denunciado por Benedicto XVI, no las condiciones del mundo secularizado.

\*\*\*\*\*

Mancuso ha escrito una verdadera obra magna de Teología Fundamental pensada como apologética de una religiosidad verdadera que permita la existencia de una fe adulta, madura y auténtica. Un cambio de paradigma hacia la autenticidad, un mundo donde los hombres nos reconozcamos desde lo que nos constituye como tales: nuestro ser relacional. Esta Teología de Mancuso se toma en serio la verdadera Tradición cristiana y recupera la Modernidad en su mayor expresión: los principios

constitutivos de la autonomía del mundo y del hombre. Muchos tacharán a Mancuso con todas las herejías posibles, buscarán pelagianismo o arrianismo, demostrando así que siguen aferrados al antiguo paradigma, al de la esclerosis dogmática eclesial que nos ha llevado a traicionar la grandeza de la religiosidad que asume una fe auténtica.

No me resisto a concluir con las mismas palabras que Mancuso: *yo considero que este principio (la existencia de la interioridad como espíritu) se ha manifestado supremamente en Jesús-Yeshua, pero no exclusivamente en él. En este sentido defino mi identidad como cristiana, aunque no exclusivamente cristiana, porque considero que para ser verdaderos cristianos no se debe excluir, o ni siquiera subestimar, la dimensión veritativa contenida en la búsqueda espiritual de todos los otros seres humanos. Para cada hombre que aparece sobre la tierra la partida se juega siempre entre Yo y Dios.*

## LIBROS RECIBIDOS

- AGUIRRE, Juan José, *Sólo soy la voz de mi pueblo. Un obispo en Centroamérica*, PPC, Madrid 2014, 296 pgs.
- AMIGO, Mons. Carlos, *Diccionario de religiosidad popular*, PPC, Madrid 2014, 256 pgs.
- ARRIOLA, Tinxo, *El barro de los sueños. Diario de un cura de barrio*, PPC, Madrid 2013, 288 pgs.
- AVILÉS, F. Javier, *Dulce al paladar y fuego en las entrañas. 20 meditaciones bíblicas*. Uno Editorial, Albacete 2014, 257 p.
- BENEDETTI, Paolo de, *El alfabeto hebreo. Conversaciones con Gaabriella Caramore*, PPC, Madrid 2013, 96 pgs.
- BERTHÉLEMY, Dominique, *Escoger al pobre como Señor. La Buena Nueva anunciada a los pobres*. PPC, Madrid 2014, 304 pgs.
- FRAILE, Pedro I., *Guía de lectura a Jesús aproximación histórica. Con la supervisión de José Antonio Pagola*, PPC, Madrid 2014, 128 pgs.
- LÓPEZ ROMERO, M<sup>a</sup> Ángeles, *Adiós al Jesuitodemivida. A vueltas con la transmisión de la fe*, PPC, Madrid 2014, 176 pgs.
- PANIKKAR, Roman, *La religión, el mundo y el cuerpo*, Herder, Barcelona 2014, 154 pgs.